

Huber Matos, *Cómo llegó la noche. Revolución y condena de un idealista cubano. Memorias*, prólogos de Hugh Thomas y Carlos Echeverría, Barcelona, Tusquets (Tiempo de Memoria, 19), 2002.

En marzo de 2003 tuve en mis manos un libro que se había editado un año atrás. Se trataba del material que en el 2001 fue galardonado por el jurado del Premio Comillas de biografía, autobiografía y memorias. Jorge Semprún, en calidad de presidente, además de Miguel Ángel Aguilar, Ma. Teresa Castells, Jorge Edwards, Santos Juliá y Antonio López Lamadrid en representación de Tusquets Editores, fueron los integrantes de dicho jurado. Desde su publicación se desarrolló una fuerte promoción en torno a ese texto y a su autor. En México se realizaron varias presentaciones del autor e innumerables reseñas. Pese a que mi contacto con la obra fue tardío —es decir, sin estar al ritmo urgente de las modas académicas—, llevé a cabo mi lectura de *Cómo llegó la noche. Revolución y condena de un idealista cubano*. Aun cuando este escrito, que comprende las memorias del cubano Huber Matos, apareció hace más de un año, es pertinente mencionar algunos aspectos sobresalientes que deben ser atendidos por sus lectores.

Empiezo con una mención a la portada. En ella se pone en un primer plano al autor. Se trata de una fotografía tomada, después del 1° de enero de 1959, por el estadounidense Burt Glinn, cuando Fidel Castro y su ejército entran en Santa Clara durante su camino hacia La Habana. A la derecha de la imagen está Huber Matos, al centro Fidel, y a la izquierda Camilo Cienfuegos. La historia misma de la fotografía tiene un origen digno de escribirse.

El propio Burt Glinn la ofrece al evocar su testimonio sobre el inicio de la estancia que realiza en La Habana al calor de la euforia castrista.

El último día de 1958 tuvo un buen comienzo. Yo vivía en Manhattan y compartía mi apartamento con un amigo que terminó por convertirse, para mi desconcierto, en el legendario editor Clay Felker [...] Gracias a sus conexiones, aquella noche de año viejo habíamos conseguido una invitación a una fiesta en casa de Nick Pillegi en el West Side, acompañados por dos mujeres jóvenes y elegantes. Nick era un reportero para el periódico "The New York Times" en esa época y cuando llegamos a la fiesta el tema de conversación era el dictador cubano Fulgencio Batista. Corría el rumor de que en ese preciso momento Batista había llenado sus camiones con el tesoro público y se fugaba al exilio [...] Fidel Castro llevaba ya un par de años en la Sierra Maestra organizando la subversión y si se tenían los contactos precisos y dormir en el suelo no era un inconveniente, la prensa lo podía contactar [...]

Sin pensarlo dos veces partí.<sup>1</sup>

Glenn, a su vez, fue fotografiado por Grey Villet, periodista del *Time*,<sup>2</sup> mostrando el contagio de la alegría de los cubanos que, con armas o sin ellas, se manifestaban como simpatizantes incondicionales de los barbudos que bajaban de una Sierra Maestra convertida en el campo de batalla ideal de la lucha contra Fulgencio Batista. Gracias a su decisión de trasladarse a la isla es que existe esa fotografía usada como portada.

La representación iconográfica juega un papel esencial en las intenciones que su edición encierra. Entendiendo como paratexto<sup>3</sup> aquellos elementos que dan forma a un libro, la fotografía de la carátula, así como toda la que se inserta en el interior, participa en el afán por consolidar un determinado imaginario que quiere ser puesto a consideración de una colectividad. Ante

<sup>1</sup> Richardson, Nan, *Havana. El momento revolucionario*, fotografías de Burt Glinn, introducción de Rafael Acosta de Arriba, Italia, Umbrage Editions, Consejo Nacional de las Artes Plásticas, Fototeca de Cuba, 2001, pp. 117-118.

<sup>2</sup> La fotografía aparece en Richardson (2001, 24).

<sup>3</sup> Véase el Gérard Genette, *Umbrales*, México, Siglo XXI editores, 2001.

esta aseveración, es importante definir cuál es el motivo que llevó a elegir esa imagen. Matos sobresale allí como un cuadro revolucionario de alto nivel. Aparecer al lado del “jefe máximo” es un privilegio alcanzado por muy pocos hombres. La cercanía a Castro es una distinción que Matos menciona en el texto y que explota desde la propia portada.

También es pertinente explicar el título: *Cómo llegó la noche*, ya que éste también actúa como un paratexto más. El objetivo de Matos es destacar dos grandes fases a través de su legado escrito. Dedicar una primera parte a evocar la lucha revolucionaria contra la dictadura, hasta llegar al triunfo alcanzado con la salida de Batista hacia la República Dominicana, donde dominaba el ambiente político el también tirano Rafael Leonidas Trujillo. Matos manifiesta allí una idea de la luminosidad creada por el entusiasmo, por la entrega, por el ideal de alcanzar un desarrollo nacional. Los episodios insurreccionales son narrados como la marcha ejemplar. Son parte de la descripción del “día”, metáfora de un caminar por el proceso claro de la defensa democrática y nacionalista de la sociedad cubana. En la segunda parte la intención es explicar cómo se “nubló” el ideal primero; se desea presentar la forma en que se desvirtuó la utopía revolucionaria. Se sostiene de esa forma que “la noche” llegó a Cuba al verse poblada de personajes ajenos a los objetivos demarcados originalmente. La denuncia de la presencia comunista iniciaría la parte “oscura” del proceso de lucha política.

En esta obra, además de aparecer el memorialista puramente político empeñado en corregir su imagen para la posteridad y así lograr “una venganza contra la historia”, está el hombre que “se postula como figura ejemplar, cruza de héroe civil y moralista cuya vida puede resultar útil a sus descendientes y futuros compatriotas”.<sup>4</sup> El viejo camarada de Fidel quiere vengarse de la historia a través de sus *Memorias*. Pretende alcanzar ese objetivo al mostrar sus vivencias durante los 20 años que estuvo prisionero en las cárceles castristas, poniendo frente al lector una visión muy distinta a aquella que ha prevalecido como única por mucho

<sup>4</sup> Sylvia Mohillo, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 114.

tiempo. La interpretación emanada desde las aristas favorables al castrismo han ido dejando a Matos sin posibilidad de réplica, sin la mínima posibilidad del cuestionamiento a la versión oficial que lo tachó como parte de una conspiración. A través de los años, los intentos por ofrecer algunos atisbos sobre el caso Matos se han visto sometidos por la fortaleza lograda dentro del imaginario colectivo cubano e internacional que adoptó la imagen de aquél como "traidor".

Matos nació el 26 de noviembre de 1918 en Yara, provincia de Oriente. Se graduó en la Escuela Normal para Maestros de Santiago de Cuba en 1940. En 1944 obtuvo un doctorado en pedagogía en la Universidad de La Habana. Desde los 18 años se había incorporado al Partido Revolucionario Auténtico. En 1947 fue miembro fundador del Partido del Pueblo Cubano. Su vinculación a este partido, conocido como "ortodoxo", donde sobresalió la presencia de Eduardo Chibás, explica la identificación con el 26 de julio, pues Fidel y sus seguidores provenían de las filas juveniles de esa estructura partidista. Maestro de profesión e incansable luchador por el restablecimiento de la democracia en Cuba bajo el régimen dictatorial de Fulgencio Batista, se sumó al apoyo brindado por la población cubana a la guerrilla de Fidel Castro instalada desde diciembre de 1956 en Sierra Maestra. Sus actividades le orillaron a exiliarse en Costa Rica. Allí logró contactar al presidente José Figueres, quien lo apoyó en su proyecto de organizar una expedición aérea que llevó armas a la Sierra Maestra. Así, participaría desde finales de marzo de 1958, hasta la toma del poder en enero de 1959, en acciones guerrilleras estratégicas, como lo fue el cerco que puso a Santiago de Cuba a la cabeza de la Columna 9. Matos, Camilo Cienfuegos y Ernesto (Che) Guevara fueron los héroes del Ejército Rebelde que acompañaron a Castro en el triunfo de enero de 1959.

En los primeros meses de gobierno revolucionario, Matos procuró infructuosamente que Castro se mantuviera fiel a las promesas democráticas hechas a los cubanos. Aunque ocupó altos cargos en el gobierno revolucionario, como el de gobernador de la provincia de Camagüey, a causa de profundas divergencias ideológicas que adquiriría la política de Castro, nueve meses después de aquella entrada apoteósica en La Habana junto a Fidel y Camilo Cienfuegos, fue juzgado sumariamente por el cargo de traidor

y sentenciado a 20 años de cárcel, condena que cumplió hasta el final. En el juicio, Fidel Castro alegó que insinuar que la Revolución estaba tomando el rumbo comunista era una calumnia y una traición.

De acuerdo con la información ofrecida en sus *Memorias*, Matos experimentó en sus dos décadas de presidio político toda clase de torturas físicas y psicológicas, y fue testigo y protagonista del mundo vivido por los prisioneros políticos cubanos. El 21 de octubre de 1979, al cumplir su condena, fue entregado a una comisión enviada a La Habana por el gobierno de Costa Rica. Ese mismo año se entrevistó con Carter.<sup>5</sup> Hoy vive en Miami, donde encabeza a la organización política Cuba Independiente y Democrática.

Como académicos, los lectores debemos alejarnos de la actitud de aceptación eufórica o rechazo violento que regularmente se toma sobre los asuntos cubanos. La idea es sacar a la luz la riqueza del testimonio de Matos. Antes de él las limitaciones eran considerables. Pocas son las referencias donde se puede encontrar un Matos distinto al ofrecido por el propio castrismo. De allí se desprende la importancia de la obra, que se basa en “el indiscutible valor testimonial” que brinda uno de los más destacados dirigentes de la Revolución Cubana y luego crítico del desarrollo de la misma.

Al revisar algunos de los textos relativos a la fase insurreccional que luego daría pie al triunfo revolucionario cubano, la presencia de Huber Matos es evocada de forma muy superficial. El norteamericano Jules Dubois lo ubica en un sitio destacado al mencionar los planes de Castro que tenían la intención de tomar Santiago de Cuba. Uno de los extremos de la pinza sería la dirigida por Matos, al frente de 245 “barbudos”. El episodio de la voladura de un tanque Sherman, que ejecutó por órdenes de Castro, así como el apoyo que dio a Raúl Castro al estar comandando una columna

<sup>5</sup> Véase <http://www.jimmycarterlibrary.org/documents/diary/1979/d111579t.pdf>. Según informes provenientes de la Casa Blanca, citando al Diario del presidente Jimmy Carter, el 15 de noviembre de 1979, a las 5:43 p.m., el presidente norteamericano se tomaría una fotografía con Huber Matos, la esposa de éste, María Luisa, y H. Matos Jr.

rebelde presta a atacar el Cuartel Moncada, le señalan como una figura de primer orden dentro de la experiencia guerrillera.<sup>6</sup> Entre las varias fotografías que acompañan el texto de Dubois, hallamos una en la cual Matos está de costado. Mira a Fidel justo cuando encuentra a su hijo Fidelito, quien lo abraza sonriente. Castro está de espaldas y frente a él se encuentran Camilo, a la derecha, y el Che luego de Fidelito. La cercanía de Matos con Fidel en este retrato deja de nueva cuenta testimonio de la confianza que se dispensaban y de la importancia que Matos tuvo entre los cuadros de más alta jerarquía revolucionaria.

En un pequeño libro que se terminó de imprimir el 25 de enero de 1960, José Pardo Llada ofrece sus *Memorias de la Sierra Maestra*, donde Matos es mencionado entre los comandantes que encabezan las columnas que ya peleaban a finales de 1958 en los llanos. Aparece como un cuadro básico de entre los mil quinientos hombres que Pardo Llada dice que se encuentran luchando en las montañas y llanos de Cuba.<sup>7</sup> Sin embargo, no se hace alusión a los sucesos que seguirían a la experiencia en las montañas, es decir, no se apuntaría ni un comentario sobre los hechos que llevaron a Matos a ser enjuiciado políticamente. Ese tópico se convertiría en un tema tabú.

Mientras que la historia oficial sumía en el olvido a Matos, la oposición a Castro lo convertiría en la figura ejemplar por excelencia de la apostasía que había cometido Castro ante el pueblo cubano. Francisco L. Fernández da su punto de vista sobre la detención del comandante, que bien pudo ser causada por pedir explicaciones al gobierno revolucionario por ciertas tendencias comunistas dentro de la línea oficial, o bien por renunciar al alto cargo que poseía como jefe en Camagüey.

Cualquiera que haya sido su postura, estamos seguros que el comandante Huber Matos representa la línea del verdadero revolucionario, inspirado en la democracia y el bienestar social. Merece respeto y

<sup>6</sup> Dubois, Jules, *Fidel Castro, Rebel, Liberator or Dictator?*, Nueva York, Bobbs-Merrill Company, 1959. En el libro de Matos se apunta que la Columna 9 parte de El Toro, el 28 de agosto de 1958, con 129 combatientes (Matos, 2002, 252).

<sup>7</sup> Pardo Llada, José, *Memorias de la Sierra Maestra*, La Habana, Tierra Nueva, 1960, p. 42.

consideración. No traicionó los ideales por los cuales combatió. El gobierno revolucionario no podía permitir que su voz se escuchase. Ahora se le someterá a juicio, junto a un grupo de sus oficiales, clases y soldados ante el Tribunal Revolucionario. Su delito: denunciar el advenimiento del régimen comunista. ¿Es esto delito? No. Es patriotismo. El comandante en jefe, ejerciendo la mística, ha derrocado a un presidente haciendo uso de un programa televisado y ahora elimina a un comandante de regimiento haciendo uso de una caminata por la ciudad.<sup>8</sup>

Francisco L. Fernández deja una buena descripción de lo vivido alrededor de la orden que da Castro de detener a Matos, de la llegada de Camilo Cienfuegos para efectuar esa acción, así como de la actitud tranquila que Matos adoptó ante las manifestaciones realizadas por Castro, como la mencionada presencia en televisión y el paso por Camagüey, con el fin de enfurecer a la población.

Cuando se intenta rescatar a Matos como elemento necesario para la comprensión del proceso político e histórico de la isla, su caso ilustra la irregularidad en los juicios políticos del régimen de Fidel. No obstante, el manejo sólo ofrece un apoyo de ese tipo de circunstancias, desconociendo pormenores y hasta datos básicos. Así lo prueba el hecho de que a veces es mencionado con el nombre de Humberto Matos, o cuando se afirma que se le sentenció a treinta años de prisión, cuando en realidad su pena fue de veinte años. Eso sucede, respectivamente, en el caso del libro de 1991 de Peter Marshall, titulado *Cuba Libre ¿Rompiendo cadenas?*,<sup>9</sup> y en el de Robert Taber sobre el Movimiento 26 de julio.<sup>10</sup>

Como es evidente, hay muchas lagunas que pueden irse cubriendo. Así, el testimonio de Matos, quien en una biografía reciente sobre Fidel Castro es apenas señalado como el "simpatizo plantador de arroz",<sup>11</sup> aparece como referencia obligada

<sup>8</sup> Fernández, Francisco L., *Cuba en tinieblas*, México, Diana, 1973, pp. 71-73.

<sup>9</sup> Marshall, Peter, *Cuba libre ¿Rompiendo cadenas?*, trad. de Alfredo Ocampo Rivera, México, Diana, 1991, p. 311.

<sup>10</sup> Taber, Robert, *M-26 The Biography of a Revolution*, Nueva York, Lyle Stuart, 1961.

<sup>11</sup> Clive Foss, *Fidel Castro*, Stroud, Gloucestershire, Sutton, 2000.

para todo aquel que desea estudiar la ruptura que hay entre los miembros de la cúpula revolucionaria que, por oponerse al avance comunista dentro del gobierno, fueron acusados de conspiración contra el "líder máximo". Estas *Memorias* deben ser aprovechadas para sugerir nuevas lecturas del proceso político cubano, que cambió el rumbo histórico de Latinoamérica.

ENRIQUE CAMACHO NAVARRO  
*Centro Coordinador y Difusor  
de Estudios Latinoamericanos, UNAM*

Natividad Gutiérrez Chong, *Mitos nacionalistas e identidades étnicas: los intelectuales indígenas y el Estado mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Plaza y Valdés-Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, ISBN 968-856-964-X, 293 pp.

Una de las grandes paradojas del indigenismo mexicano consiste en haber generado una "elite intelectual" concebida como "agentes aculturadores" para asimilar a la población indígena a la nación mestiza, pero que, en las últimas décadas y sobre todo desde los años noventa, se ha convertido en uno de los principales críticos del asimilacionismo e integracionismo gubernamentales y en protagonista de las nuevas políticas postindigenistas. El innovador, complejo y necesariamente ambiguo papel que los intelectuales, políticos, profesionistas y académicos indígenas juegan en el proceso contemporáneo de "redefinición" de las relaciones entre el Estado-nación y los pueblos indios no es comprensible sin que se indague en esta paradoja original del indigenismo.

El libro aquí reseñado, producto de una tesis doctoral defendida en la London School of Economics and Political Science y editado por primera vez en inglés en 1999, se propone "contribuir al estudio y comprensión de la *intelligentsia* étnica y su respuesta organizada a la identidad nacional" (p. 28). Lejos de optar por alguno de los polos opuestos de idealizar a la emergente intelectualidad indígena como nuevo actor (seudo-) revolucio-



nario "indianista" o, al contrario, de demonizar a dicho nuevo actor como manipulador e instigador de los "pobres indios campesinos", la autora, investigadora titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, evita los simplismos aportando un análisis exhaustivo de la estrecha, pero conflictiva interrelación entre los discursos étnicos de los intelectuales indígenas y dos "mitemas" claves de la mitología nacional: el mito de la fundación azteca de la nación mexicana, por una parte, y el mito de la descendencia y confluencia común de todos los mexicanos a través del mestizaje, por la otra. Sobre todo en los libros de texto de historia y ciencias sociales se refleja explícitamente el persistente y continuo "intento oficial por proporcionar un sentido de continuidad cultural y unidad de la sociedad mexicana inculcando la conciencia de que la nación cuenta con un 'pasado colectivo', basado casi en su totalidad en la historia azteca y un linaje étnico compartido que descansa en la propensión hispana de la cultura mestiza" (p. 124).

La base empírica de este estudio incluye entrevistas en profundidad realizadas con un selecto grupo de diez conocidos intelectuales indígenas (de origen tzotzil, tzeltal, mixteco, zapoteco, maya, nahua y purhépecha), cuyos discursos son complementados con encuestas realizadas a estudiantes indígenas de la Universidad Pedagógica Nacional y del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, así como con manifiestos y otros documentos generados por la intelectualidad indígena; estos discursos indígenas son contrastados con la visión oficial del nacionalismo mexicano, tal como se materializa en los mencionados libros de texto.

La autora parte de una fructífera e innovadora discusión teórica acerca del carácter complementario de las dos corrientes principales de los estudios del nacionalismo: la perspectiva "modernista" (Ernest Gellner, Eric Hobsbawm, Benedict Anderson), por un lado, que sitúa el origen de las naciones en procesos recientes de industrialización, modernización e institucionalización de los estados de cuño europeo, y la posición "histórico-culturalista" (Anthony D. Smith, Walter Connor), por el otro, que pone énfasis en la antigüedad y el arraigo de los símbolos étnico-culturales de las naciones contemporáneas. A partir de esta revisión teórica,

e intercalando y compaginando sucesivamente la visión oficializada e institucionalizada del nacionalismo mexicano —tal y como se expresa en la historia oficial y el sistema educativo— con los discursos de los propios intelectuales indígenas entrevistados al respecto, Gutiérrez Chong logra ilustrar las tensiones y contradicciones entre una ideología homogeneizadora que apela a la unidad a partir de sus raíces supuestamente indígenas, pero que excluye la diversidad étnica y cultural de hoy día.

Para poder analizar dichas contradicciones y los nuevos espacios discursivos que de ellas surgen para la naciente intelectualidad indígena, la autora tiene que saltar continuamente entre la exposición de los contenidos oficializados por el nacionalismo y la “visión desde abajo” de los estudiantes y profesionistas indígenas. Por ello, el carácter del libro es necesariamente híbrido y el estilo de exposición se asemeja a un polifónico *collage* de citas y fragmentos discursivos en torno a la historia mitificada desde arriba y la contrapropuesta indígena. En algunos apartados aún es evidente que el texto fue pensado para un público no mexicano, por lo cual a veces la información contextual resulta demasiado amplia (cf. el capítulo 4 sobre el sistema educativo mexicano y la primera mitad del capítulo 9 sobre Benito Juárez); ello, sin embargo, no mengua la fundamental aportación a los estudios del nacionalismo, de los movimientos indígenas y de la diversidad cultural y étnica.

La exploración empírica de los “proyectos indígenas” frente al proyecto mestizo de nación demuestra que la dicotómica distinción entre la modernidad y la antigüedad de las identidades colectivas no explica el surgimiento de actores étnicos plenamente formados y socializados en la modernidad urbana y mestiza del Estado-nación mexicano, pero que “están interesados en revivir y difundir sus culturas, idiomas e historias” y que, por tanto, reivindican “una visión étnica, única y propia” (p. 85). Lo que la autora no logra —ni pretende— es esclarecer las condiciones subjetivas y objetivas, biográficas y estructurales que desencadenan procesos de etnogénesis, de “despertar étnico” y concientización colectiva por parte de determinados profesionistas de origen indígena frente a otros que acaban abandonando su identidad indígena, respondiendo con ello “exitosamente” al modelo naciona-

lista de mestizaje. Una de las posibles pistas de futuros estudios sobre el papel de la intelectualidad indígena, que Natividad Gutiérrez menciona en su prólogo, pero no persigue, son los “contactos transnacionales y globales” (p. 15) de las nuevas organizaciones indígenas: si —como constata y demuestra la autora— los discursos de la identidad nacional no logran “nacionalizar” las identidades indígenas contemporáneas, ¿qué papel juegan los procesos de transnacionalización y globalización de los medios de comunicación, de los marcos jurídicos internacionales y multilaterales y de los movimientos sociales antaño locales o nacionales en el fortalecimiento de proyectos identitarios étnicos que trascienden los mitos homogeneizadores de la nación?

GUNTHER DIETZ  
*Universidad de Granada*

Mónica Toussaint Ribot, Guadalupe Rodríguez de Ita y Mario Vázquez Olivera, *Vecindad y diplomacia. Centroamérica en la política exterior mexicana 1821-1988*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, 262 pp.

Los estudios de Centroamérica y su relación con México en la historiografía mexicana ocupan un porcentaje mínimo en la producción nacional y, en general, han privado en ellos dos características. Por una parte, las investigaciones han denotado una particular inclinación por el análisis de las conductas mexicanas en el difícil marco de las conflagraciones internas y del intervencionismo estadounidense en las últimas décadas del siglo xx. Por la otra, también son significativos los esfuerzos realizados por estudiar, a la luz de las relaciones internacionales, los vínculos históricos y diplomáticos en esta amplia región. Los últimos años se ha presenciado la apertura de enfoques múltiples para acercarse al estudio de las relaciones México-Centroamérica. En esta línea, la Secretaría de Relaciones Exteriores realiza una aportación al publicar *Vecindad y diplomacia. Centroamérica en la política exterior mexicana 1821-1988*, libro resultado de la conjunción de esfuerzos investigativos de tres jóvenes académicos mexicanos. El texto

reconstruye los principales acontecimientos de la actuación mexicana hacia sus vecinos durante casi dos centurias. Por este solo hecho, la obra se constituye en un texto de consulta obligada para los interesados en el conocimiento de nuestro acontecer histórico, a través del análisis de la política exterior mexicana.

La historiografía contemporánea enfatiza, como lugar común, la importancia geopolítica que el istmo centroamericano ha tenido para Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos, pero ha soslayado su significado geoestratégico y las implicaciones para otros países que, como México, comparten un mismo espacio geográfico, y que ven afectada su seguridad e interés nacionales ante la presencia de luchas interimperiales en la región. Esto constituye otro aspecto de la obra digno de destacar. En la lectura se constata el valor geopolítico mundial de la región ístmica que la condicionó como un escenario donde se suscitaban enfrentamientos por el control del espacio y el poder, situación que afectaba —en mayor o en menor medida— a México, y lo obligaba a diseñar políticas de acuerdo con las coyunturas históricas. En este sentido, el libro *Vecindad y diplomacia* va develando las facetas diplomáticas de las diferentes administraciones de gobierno que se sucedieron en el largo periodo de 1821 a 1988. El análisis de los autores nos muestra que los hilos de la política exterior hacia Centroamérica no han sido homogéneos ni monolíticos y que las problemáticas variaron en relación directa con los países de que se tratara; es por ello que, al igual que lo hiciera Cosío Villegas, se le dedica un buen número de páginas a las relaciones de México con Guatemala, a las disputas por Chiapas y el Soconusco, y a los constantes diferendos político-límites derivados de compartir una franja fronteriza.

El libro *Vecindad y diplomacia*, mediante el uso predominante de fuentes primarias —correspondencia diplomática y testimonios documentales— y de una amplia bibliografía y hemerografía, presenta una novedosa síntesis de la política exterior de México hacia Centroamérica durante los siglos XIX y XX. Los autores exponen la complejidad de las relaciones entre ambas regiones; la evolución de las estructuras diplomáticas durante las dos centurias de estudio; las vicisitudes de la repúblicas centroamericanas, los avatares de sus intentos unionistas, el desarrollo político de sus

estados y la fuerte presencia de Estados Unidos e Inglaterra, como factores que condicionaron el diseño de la política exterior mexicana hacia la región durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX.

La obra se estructura en tres capítulos y un epílogo. En cada capítulo se analiza el intrincado y cambiante panorama hemisférico de los siglos XIX y XX. En la parte inicial del libro se analizan los objetivos en materia exterior durante las primeras décadas posteriores a la Independencia. Cabe mencionar que esta sección resulta muy novedosa al explicar con nitidez el difícil surgimiento de México a la vida independiente, las tensiones y crisis ocasionadas en la búsqueda y aplicación de un proyecto modernizador de nación y la conformación del Estado mexicano, aunado a la existencia de un frágil escenario regional.

La segunda parte del volumen contiene un análisis de la diplomacia porfirista, y se muestran las acciones de los operadores diplomáticos en su búsqueda por colocar a México en un papel protagónico y en la obtención de un reconocimiento en el ámbito regional. La administración porfirista desarrolló una activa política hacia la región, encaminada al logro de una mayor influencia en la zona, que sirviera de contrapeso a la desplegada con Estados Unidos. En esta dirección, los autores retomaron la tesis de potencia media desarrollada por Jürgen Buchenau, en su libro *The Shadow of the Giant*,<sup>1</sup> al afirmar:

Así, en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, México ejerció un papel de potencia media en la región y buscó evitar, en lo posible, tanto la consolidación de la hegemonía estadounidense en Centroamérica como el avance del poderío guatemalteco, a través de las alianzas con las regiones tradicionalmente opuestas al dominio histórico de Guatemala en el área: Nicaragua y El Salvador [p. 12].

“Entre revoluciones y dictaduras: relaciones de bajo perfil”, es el título del tercer capítulo que abarca más de medio siglo de relaciones México-Centroamérica. Periodo identificado por los intentos por llevar a la práctica los principios de la Revolución Mexicana y defender los postulados sancionados en la Constitución

<sup>1</sup> Jürgen Buchenau, *In the Shadow of the Giant. The Making of Mexico's Central America Policy, 1876-1936*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, 1996.

de 1917. Situación que en materia exterior se reflejaría en el poco interés hacia sus vecinos, a tal grado que los autores afirman: "la política exterior de México se caracterizó, en términos generales, por ser cautelosa, pasiva, legalista, abstencionista, aislacionista y hasta poco comprometida." (p. 131).

Actitud que cambiaría a la luz del triunfo de la Revolución Cubana y la proliferación de movimientos guerrilleros en América Latina, factores que propiciaron que México impulsara una diplomacia activa frente a las crisis centroamericanas de las décadas de 1970 y 1980. Decenios señalados por la efervescencia de movimientos populares, reivindicativos de la clase obrera e impulsores de la democratización en el área, acompañados de un fuerte sentimiento antiestadounidense. En este sentido, el triunfo de la revolución en Nicaragua, la existencia de los movimientos guerrilleros en El Salvador y en Guatemala, marcaron un cambio en los objetivos de la administración de Ronald Reagan y del gobierno mexicano. Este último definió objetivos tácticos fundamentales en aras de contrarrestar la intervención de Estados Unidos y desplegó una diplomacia activa. Además, México participó en el grupo Contadora y en la mediación en el diferendo Centroamérica-Estados Unidos.

Esta publicación es muy oportuna a la luz de los últimos acontecimientos mundiales y regionales. En el ámbito internacional, el resquebrajamiento de los organismos internacionales, la existencia de un mundo unipolar y la vecindad con Estados Unidos, la hiperpotencia. En el contexto regional, el estrechamiento de los vínculos de colaboración conjunta, las discusiones en torno a la firma de tratados de libre comercio con Centroamérica, y la puesta en marcha del Plan Puebla-Panamá, como un proyecto integracionista norteamericano, obligan a los operadores diplomáticos mexicanos a realizar una mirada retrospectiva y a reflexionar en torno al imperativo de rediseñar la política exterior tratando de congraciar los principios y los intereses nacionales, a través de una activa política en el área, y a considerar la importancia geopolítica de la zona ístmica como un factor de contrapeso a la creciente influencia económica estadounidense en México.

María del Rosario Rodríguez Díaz  
*UMSNH-Instituto Mora*